



Hambre y Sed en los pueblos de América Latina y El Caribe...gemelas inseparables

Nosotros y nosotras, estudiantes de tercero y cuarto año de la Escuela de Teología y Pastoral Monseñor Gerardi de Guatemala, que hemos sido conducidos por la formación integral, especialmente a través de las clases: Agua y Vida Nueva y Un Mundo Hambriento de Pan, a reflexionar sobre la realidad que viven nuestros pueblos. Descubrimos que el agua y el hambre parecen gemelas inseparables que siguen golpeando con dolor a las comunidades más vulnerables y empobrecidas de nuestra región. Interpelados por el clamor de los pueblos de América Latina, por las injusticias que amenazan la vida y por el sufrimiento que contradice el Evangelio, compartimos esta reflexión que nace de nuestra fe y de un compromiso renovado por construir una sociedad justa y solidaria.

Vemos con preocupación, cómo el agua escasea y se contamina cada día más, afectando la salud y la vida de las comunidades. También la tala inmoderada de los bosques trastoca la vocación de la tierra, altera los ecosistemas que nos dan vida, provoca la pérdida de cosechas y agrava la falta de agua potable. En Guatemala y buena parte de América Latina y el Caribe, persisten graves problemas de inseguridad alimentaria, donde miles de familias enfrentan malnutrición y desnutrición aguda; en contraste, los alimentos se desperdician y los bienes naturales se deterioran. La falta de leyes que protejan el agua, o la falta de cumplimiento de los acuerdos entre países para cambiar las condiciones, la pérdida de la soberanía alimentaria y la creciente desigualdad golpean especialmente a las comunidades históricamente excluidas, limitando su acceso a alimentos sanos y adecuados. Esta realidad no puede dejarnos indiferentes, porque detrás de estas cifras hay rostros, familias y pueblos sometidos a condiciones que deterioran su salud, acortan su esperanza de vida y debilitan la posibilidad de una vida plena. En esos rostros descubrimos el llamado urgente de Dios a cuidar la vida de su pueblo y de la creación.

Reconocemos que Jesús nunca fue indiferente al sufrimiento humano; al contrario, hizo de la mesa compartida un encuentro que es signo vivo del Reino de Dios, donde todos y todas tienen lugar y nadie queda excluido del pan y del agua. Podemos ver en sus gestos de acogida que, al sentarse a compartir con los y las socialmente más excluidos/as de su tiempo, nos revela a Dios en el acto mismo de comer y en la defensa de quienes padecen hambre y sed. Jesús nos enseña que asistir al que tiene hambre y sed es encontrarnos con Él mismo al decir: "Vengan benditos de mi Padre, y tomen posesión del Reino que ha sido preparado para ustedes" (Mt 25, 34). Desde esta óptica evangélica, denunciemos que la cultura del consumo debilita nuestras comunidades, condena a niñas y niños a la desnutrición aguda y la malnutrición, y somete a las personas pobres a condiciones que se asemejan a formas de esclavitud y control social. La Doctrina Social de la Iglesia establece que los bienes de la creación tienen un destino universal

y que, por tanto, toda práctica que niegue el acceso al agua, a los alimentos sanos o a condiciones dignas contradice el proyecto del Reino de Dios.

Ante lo planteado, nos comprometemos...

Promover una cultura del encuentro que cuide la vida y escuche el clamor de las comunidades empobrecidas sistemáticamente que viven con hambre y en crisis por el agua. Asimismo, asumimos nuestra responsabilidad personal y comunitaria en el cuidado de este bien común, fortaleciendo prácticas coherentes con la defensa del agua y la creación. Exigimos a las autoridades a garantizar leyes justas, como la tan necesaria Ley de Aguas para Guatemala. Señalamos a quienes se enriquecen con mercados inhumanos, a los que explotan la vida laboral en el campo y la ciudad, y a quienes permiten la tala inmoderada, la contaminación del agua o la pérdida de la soberanía alimentaria. Como discípulos de Jesús, debemos visibilizar el daño causado, resistir ante las estructuras de injusticia como un valor del Reino y exigir que los responsables sean llevados ante la justicia, para que lo que pertenece al pueblo deje de ser un recurso o mercancía y vuelva a ser un bien y vida para todos.

A renovar nuestra confianza en el Dios de la vida, que llama a compartir el pan, cuidar la creación y promover relaciones más humanas y solidarias. La realidad es dura, pero reconocemos gestos y esfuerzos que brotan en nuestras comunidades: organizaciones que defienden el agua y la tierra, personas que luchan por la justicia social aun cuando se les intenta silenciar o criminalizar, familias, líderes y lideresas que sostienen la vida digna en medio de la escasez, y otros que sueñan con regresar del exilio si construimos condiciones verdaderamente humanas. En estos gestos sencillos descubrimos que el Reino de Dios continúa haciéndose presente entre nosotros y nosotras. Animados por esta esperanza, seguimos construyendo el Reino de justicia, paz y dignidad para todos y todas.